

Oración para iniciar la reunión
 Señora santa María,
 Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
 como hija, esposa y madre,
 conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
 Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
 para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
 Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
 el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
 Muéstranos tu protección de Madre
 y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

ESQUEMA:

1) INTRODUCCIÓN	1
2) EL LINAJE.....	2
3) EL AFECTO DE PERTENENCIA	2
4) LA CONFIANZA BÁSICA U ORIGINARIA	4
5) LA EXPERIENCIA DE LA CONFIANZA	5
6) PARA CONCLUIR.....	6
7) CONCRETANDO	6
8) PRÁCTICA DE EQUIPO.....	6
9) Y ¿CÓMO PUEDO AMPLIAR?	6

TEMA 7. LA PERTENENCIA A UN LINAJE

1) Introducción

Continuamos nuestro itinerario de este curso en el que nos hemos propuesto profundizar en la identidad relacional de la familia. Tras haber estudiado cómo la familia es esencialmente relacional, e ir desgranando algunas de las diferentes relaciones que se van tejiendo en ella, damos este mes otro paso adelante, para afrontar una cuestión decisiva. Se trata del sentido de pertenencia a la familia.

Las preguntas ¿de dónde venimos? y ¿a dónde vamos? son cuestiones primordiales que están íntimamente conectadas con nuestro origen y nuestro destino. Conocer la relación que tenemos con aquellos que nos han generado (y nos siguen generando) y con los que tendremos ocasión de hacerlo en el futuro, no solamente nos ayuda a fijar mejor el punto de partida y el punto de llegada de nuestra existencia, sino también comprender lo que se encuentra entre ellas, es decir, lo que ahora vivimos.

En la cultura del mundo occidental que vivimos, la relación es cada vez más de «pareja», y bastante menos «conyugal». Es decir, está concebida sobre todo en sus aspectos de elección y acuerdo entre individuos, sobre una base emotiva, y no tanto en sus aspectos de compromiso y vínculo en comparación con las generaciones anteriores que han caracterizado nuestra tradición cultural, desde la judía a la grecorromana, y que siguen caracterizando todavía a muchas culturas. Obviamente también falla la necesidad de atestiguarlo socialmente. De este modo, si en otro tiempo el individuo contaba muy poco y el linaje muchísimo (es preciso procrear para el linaje), en la actualidad es justamente al revés, es el individuo lo que más cuenta y la pertenencia al grupo familiar no es relevante.



2) **El linaje**

El término linaje procede del latín “línea”. Más exactamente, según el Diccionario de la Real Academia Española, su etimología proviene del provenzal “linhatge” o del catalán “llinatge”. Palabras que tienen relación con ella son *linajista*, como aquella persona que sabe o escribe de linajes, o *linajudo*, como aquel que se aprecia y jacta de su linaje. En español tenemos un término sinónimo, *alcurnia*, nombre femenino que procede del árabe hispánico “alkúnya” y del árabe clásico “kunyah”, y que se relaciona con la nobleza o el carácter ilustre de la descendencia. Así decimos: “es una persona o una familia de alta alcurnia”.

El linaje puede definirse como la línea de antepasados y descendientes de una persona, el conjunto de descendientes de un mismo antepasado. Es, por tanto, un vínculo de consanguinidad que se transmite de padres a hijos normalmente por vía del varón. Las mujeres no transmiten la pertenencia al linaje a sus propios hijos ya que estos pertenecen al linaje de su padre. Linaje no es sinónimo de apellido. Todos los miembros del linaje llevan el mismo apellido, pero no todos lo que llevan el mismo apellido forman parte de un mismo linaje. El linaje es único, cada persona pertenece a un linaje identificado por un apellido.

Por ejemplo, si tomamos el apellido García, no todos los García conforman un único linaje. El apellido García está compuesto hoy día por miles de linajes homónimos que nada tienen que ver los unos con los otros. Si el apellido es universal, el linaje es particular y único.

El linaje también hace referencia a la “casa” o “solar” a la cual pertenece una persona, generalmente asociado a la nobleza. Cuentan que en Polonia cuando a un niño se le pregunta por su identidad apunta con el dedo la casa de la que procede y, por consiguiente, a la que pertenece. La casa tiene un alto valor simbólico para el hombre. Un filósofo contemporáneo, Martin Heidegger, afirmaba que primero es habitar, luego construir. La maternidad es el ámbito primario donde se va generado, en palabras de Rof Carballo, la “urdimbre afectiva” de cada persona. Instalarse, entretejerse, entreverarse positivamente con un entorno es algo específicamente humano. Un hogar no se reduce a una casa, pues implica la plasmación concreta de la trama de vínculos creados por quienes aprenden a amarse como personas. El hogar es el *focus* latino, lugar escogido donde arde el fuego del amor. Para una persona, es decisivo saber que existe un lugar en el que se le quiere por lo que es.

3) **El afecto de pertenencia**

Desde nuestra concepción, cada persona experimenta un proceso de crecimiento que va desde la identificación inicial con su madre hacia el mundo del padre, de la familia, de la escuela...Se trata de un progresivo camino de apertura hacia el exterior, donde ya desde niño el hombre va acogiendo e integrando lo inexplorado y desconocido dentro de su mundo percibido. Este itinerario es posible gracias a un afecto que se despierta en el niño desde los primeros momentos de su existencia y que marca radicalmente su ser: la pertenencia.

Este afecto de pertenencia consiste en que, desde el inicio, el niño se sabe y se experimenta como perteneciente a otro. Es decir, vinculado profundamente a sus padres y a su familia. La pregunta “¿quién eres?” es para el niño muy semejante a esta: “¿de quién eres?” Por eso, si le preguntamos por su identidad nos responde

con su nombre propio y señalando que es *hijo de* sus padres. Es decir, para mostrar quién es, precisa referirse a sus padres que se encuentran en el origen de su identidad. De este modo, nos damos cuenta que manifestar nuestra pertenencia, lejos de diluir nuestra identidad, la refuerza. Y es que nuestra identidad es radicalmente narrativa y relacional.

Alguno quizás se pregunte por qué llamamos a esta pertenencia un afecto. El afecto, del sustantivo latino *affectio*, relacionado con el verbo *afficere*, significa ser afectado por algo que está fuera de mí. El afecto, en su realidad más profunda, consiste en una unión dinámica entre el amante y el amado. De este modo, el afecto indica un modo singular de presencia del amante en el amado. La naturaleza del afecto es la de una unión en la diferencia. Y por ello podemos comprender que la atracción o intencionalidad propia del afecto termina en el amado, con un claro sentido extático.

El afecto de pertenencia no es una emoción, un mero sentimiento o una conciencia agradecida. Se trata de un afecto de larga duración que deja una impronta muy profunda en la persona. La experiencia de pertenencia se despierta en el niño sin que él se dé cuenta ni sea consciente de ello, por el amor recibido de sus padres, sus abuelos, de todos los que le preceden.



Valga esta fotografía en la que se refleja el entrañable encuentro entre la abuela y el nieto como botón de muestra para comprender el contexto en el que nace y crece el afecto de pertenencia. El gesto y el cruce de miradas entre ambos, junto al contacto físico de ser tomado en brazos, es una confirmación de la hermosa expresión de Virgilio

en su obra *Bucólicas, Egloga, IV, l. 60*: “*Incipe, parve puer, risu cognoscere matrem*” (comienza, pequeño niño, a conocer a tu madre por su risa). La sonrisa materna se convierte, de este modo, en un cálido mensaje de acogida, una constante confirmación de que existir es un inmenso bien.

El crecimiento de este afecto de pertenencia va a permitir al niño un tránsito significativo. Se trata del paso de la pertenencia a la propiedad. Si no hay yo sin un tú, ahora el niño aprende a declinar el pronombre posesivo. Mira a su alrededor y puede decir: “Este es mi padre, esta es mi madre, mi hermano, mi hermana,...”. En definitiva, esta es mi familia. Notemos que la llama suya, no porque la posea, sino porque pertenece a ella. La familia le ofrece una seguridad y una estabilidad para irse abriendo progresivamente al mundo que lo rodea. El siguiente paso es usar el posesivo con objetos que le rodean. De “mi familia” a “mi juguete”. Como miembro de la familia comprende que hay cosas que son suyas. De este modo, la propiedad recibe su fundamento y su medida a partir de la pertenencia a una comunidad. De este modo, la propiedad no se absolutiza, sino que siempre está enmarcada por el ámbito mayor de la comunión familiar y del bien de la comunidad. Se educa y se



corrige la tendencia desordenada al egoísmo y el afán de poseer y acumular indefinidamente, como si eso constituyera el fin supremo de la existencia.

El límite a la propiedad lo comprende mejor el niño a la luz de un nuevo significado de lo suyo. Se trata de la experiencia corporal. Ahora no se trata de su familia ni de sus juguetes, sino de su cuerpo. El descubrimiento del propio cuerpo constituye una novedad para el hombre, pues el cuerpo humano es centro de gravedad y sede de la experiencia. Para el hombre el cuerpo constituye una inagotable fuente de significados fundamentales. En efecto, el cuerpo humano, débil y vulnerable, contiene una apertura radical al mundo. El hombre ha de aprender a vivir en el cuerpo, pues junto a la asombrosa apertura, el cuerpo representa los límites que introducen la necesidad de buscar una medida humana en sus acciones.

4) La confianza básica u originaria

Erik Erikson (1902-1994) fue un psicoanalista nacido en Alemania y afincado en Estados Unidos. Su origen está rodeado de cierto misterio, pues su madre, una joven danesa de origen judío, crió sola a su hijo durante los tres primeros años de su vida.

Erikson elaboró una teoría del desarrollo de la personalidad, conocida como teoría psicosocial. En ella describe ocho etapas del ciclo vital o estadios psicosociales a las que han de enfrentarse las personas. Las describe a través de estos ocho binomios, según va avanzando la vida de cada ser humano: 1) Confianza básica vs. desconfianza; 2) Autonomía vs. vergüenza y duda; 3) Iniciativa vs. culpa; 4) Laboriosidad vs. Inferioridad; 5) Búsqueda de identidad vs. difusión de identidad; 6) Intimidad frente a aislamiento; 7) Generatividad frente a estancamiento; 8) Integridad frente a desesperación.

La primera fase se verifica en el periodo entre el nacimiento y los 18 meses aproximadamente. En ella se fundamenta todo el desarrollo posterior de la personalidad. El término confianza tiene varios sinónimos: familiaridad, seguridad, certidumbre, aplomo, entusiasmo, protección. En el recién nacido, esta confianza se traduce en la facilidad con la que se alimenta, la profundidad de su sueño, la relajación de sus intestinos, que está relacionada con la sensación de comodidad física, una experiencia mínima de temor o incertidumbre que generará confianza hacia nuevas experiencias.

En la relación madre-hijo, esta confianza se crea mediante la combinación de las propias cualidades de la madre con el cuidado sensible amoroso de las necesidades del recién nacido, el calor del cuerpo materno, que le van imprimiendo una confianza dentro del marco del propio estilo de vida cultural, que constituye la base para un sentido de la propia identidad. De esta forma, se comienza a desarrollar el vínculo que servirá como base de sus futuras relaciones con otras personas. Si el niño se va haciendo confiado, va a irse modelando como alguien abierto a los demás y a explorar cosas nuevas. Algunos autores están convencidos de que la seguridad de los niños pequeños y sus madres tiene una importancia decisiva sobre el bienestar social, mucho mayor que cualquier otro factor.

El primer logro social del niño es permitir que su madre se aleje de su lado, porque ella se ha convertido en una certeza interior y en algo exterior previsible. El camino que conduce desde la infancia a la edad adulta es el progreso de la



confianza en los otros a la confianza en sí mismo.

5) La experiencia de la confianza

La experiencia de la confianza humana es natural. Confiar en alguien, abandonarse a alguien es algo propiamente humano. Sin la confianza no es posible una vida humana sana. De este modo, la dificultad o incapacidad para confiar es siempre expresión de la debilidad de un sujeto.

A este propósito podemos recordar un drama teológico del teatro barroco español atribuido por lo general al mercedario Tirso de Molina, titulado “El condenado por desconfiado”. Su trama está fundada en el desarrollo de dos acciones paralelas que se entrelazan y contraponen: la del monje Paulo, desconfiado y soberbio; y la del criminal Enrico que, sin embargo, tiene esperanza en su salvación y guarda buenos sentimientos de caridad hacia su padre enfermo y de amor hacia su novia. El asunto reelabora el contraste entre el ermitaño y el ladrón, y presenta la paradoja de que el alma del criminal se salva por alojar un reducto de amor, caridad y fe en la salvación natural, mientras que Paulo acaba condenándose por su temeridad al exigir a Dios una respuesta a los arcanos del destino en la religión cristiana y desconfiar de su piedad. La virtud de Paulo se demuestra impostada, pues con sus penitencias esperaba obtener el pago de una segura salvación y su curiosidad desmedida es, al fin, un malsano vicio; su trayectoria le lleva, mediada la acción, a cometer crímenes equivalentes a los que llevaba a cabo Enrico, tras perder totalmente la confianza en su salvación. Finalmente, Paulo rechaza arrepentirse mientras que Enrico, antes de ser ejecutado, muestra una sincera contrición. Así, el giro inesperado de la intriga muestra uno de los temas predilectos del barroco: el del engaño de las apariencias. Mientras que externamente Enrico es un ser monstruoso, en su interior se refugia la bondad; mientras que Paulo, que aparenta ser un asceta intachable, trata con ello de satisfacer de modo egoísta su afán de obtener el pago en forma de su propia salvación que le exige a la inescrutable voluntad divina, y se siente humillado al saber que Enrico pueda ser un igual hasta el punto de ensoberbecerse y comenzar una carrera de delincuente irredento.

La confianza y el hecho de que una persona sea digna de confianza es siempre también una cuestión de medida. Probablemente no haya ningún hombre que no merezca cierta confianza, siempre que se trate de asuntos de poca monta. Y hay, probablemente, muy pocos hombres absolutamente dignos de confianza desde cualquier punto de vista.

La confianza es un fenómeno fundamentalmente personal, es decir, es un acto humano que referimos a personas libres. De este modo podemos distinguir tres tipos fundamentales de la misma: la confianza en los demás, la confianza en uno mismo, y la confianza en Dios. Así como la confianza en los demás ha de ser siempre limitada, así también la confianza en uno mismo. En la medida en que uno se conoce, la confianza consigo mismo puede ser razonable y justificada, pero también puede no serlo. Puedo haber tenido malas experiencias conmigo mismo y no sería razonable no tenerlo en cuenta. A diferencia de las dos primeras, la confianza en Dios puede ser absoluta e inquebrantable, ocurra lo que ocurra.

La confianza constituye una fuerza constitutiva del desarrollo humano, así como el elemento fundamental para la constitución del vínculo social. Tan importante es



tener confianza y promover la confianza en los demás, como ser dignos de confianza. Hay una circularidad virtuosa entre confianza y cooperación, de tal modo que la primera genera acciones cooperativas, y éstas potencian y hacen crecer la confianza.

6) Para concluir

La familia, por su identidad relacional, es simultáneamente sincrónica y diacrónica. Dentro de esta dimensión diacrónica, cada persona de la familia se inscribe en una tradición viva, en una corriente dinámica que tiene relación con el linaje.

La cuestión del linaje está en estrecha relación con el afecto de pertenencia. Se trata de un tema fundamental para comprender cómo se genera la “urdimbre afectiva” de cada persona.

A partir de la pertenencia se va desplegando el mapa de los afectos de una persona. La confianza originaria que procede de ella, ayuda a comprender el valor de la experiencia de la confianza en todas las relaciones humanas.

7) Concretando

1. ¿Qué importancia tiene el linaje en la biografía de una persona?
2. ¿Qué es el afecto de pertenencia y cuál es su relevancia?
3. ¿Cuál es la relación entre el afecto de pertenencia y el de propiedad?
4. ¿Qué papel juega la confianza en la vida humana y cuál es su fundamento?

8) Práctica de equipo

Sugerencias

- Participar como equipo en la Discipulada (14-15 mayo)

9) Y ¿cómo puedo ampliar?

R. SPAEMANN, “Confianza”, *Revista Empresa y Humanismo*, IX (2005) 131-148.

L. GRANADOS, “Educar para la responsabilidad: de la educación estética al drama de la vida”, en J. GRANADOS-J.A. GRANADOS, *La alianza educativa. Introducción al arte de vivir*, Monte Carmelo, Burgos 2009, 153-168.

TIRSO DE MOLINA, *El condenado por desconfiado*, Cátedra, Madrid 2008.